

Tres generaciones de conflicto rescatadas de la memoria de una abuela en el Valle del Cauca

“Les explicó que la historia era como una casa vieja durante la noche. Con todas las lámparas encendidas y los antepasados susurrando dentro. -Para comprender la Historia -dijo Chakco-, debemos entrar y escuchar lo que dicen, mirar los libros y los cuadros que hay en las paredes y oler esos olores...”

Arundhati Roy (1997, Pág.: 70).

La historia del país es imposible de contar sin asumir como parte de ésta, su longevo y asimétrico conflicto. Como una telaraña que se desarrolla década a década, se va alimentando a su paso de voces y rostros que le dan forma y sentido a los cientos de relatos que hoy aguardan por un lugar en la memoria de ésta nación. En la búsqueda de un poco de pasado no tuvimos que ir muy lejos, en un pequeño antejardín de una casa de alquiler al sur de la ciudad de Cali permanece Ruby¹ todas las tardes con sus ojos cansados, desgranando rosarios, repasando nostalgias y tejiendo esperanzas para su nieto, el heredero de sus memorias y oyente de sus preocupaciones, una anciana menuda y afable aguarda allí por compañía, con 76 años y siempre con algo que contar.

La violencia bipartidista: Rostros bicolores, dolor monocolor...



Infancia de la abuela Ruby Garzón. Tomada del álbum familiar

Nació en 1940, originaria de Santa Barbara de Antioquía, de padres hacendados y cómo no, liberales:

- “Bueno, mi papá era liberal, las mujeres éramos del partido del marido (...) Y es que uno vivía muy asustado en esa época, había mucha violencia en el campo. Uno iba a llevarles el desayuno a los trabajadores a los cafetales por las mañanas y encontraba uno siete o nueve muertos a machetazos, debajo de las puertas nos dejaban papeles, amenazándonos. Había que dejar tiradas las fincas, había que dejarlo todo y empezar en otro lado”

Las convulsionadas dinámicas del campo antioqueño posteriores a la muerte del caudillo liberal, la trajeron a mediados del siglo pasado hacía el norte del Valle del Cauca. Se ubicó con su familia en Sevilla, Caicedonia y luego en Felidia -donde conocería al que sería su esposo a los 13 años- y desde donde sería testigo de una serie de acontecimientos que determinarían para siempre la forma en que aprendió a ver al vecino, al amigo y a los otros.

Ruby Garzón de Hurtado, los Garzón liberales, y los Hurtados conservadores. Familias vecinas en Chorreras, una vereda del municipio de Felidia, a una familia los visitaban un grupo de bandoleros a pedirles plata e incendiarles los cultivos, a la casa de los otros iba a almorzar y pedir favores.

-“A los Hurtados nunca les pasaba nada. Ellos iban donde mi marido a pedirle que bajara al pueblo y les comprara botas extra largas, ruanas, velas y otras cosas... Fuera quien fuera a la casa uno tenía que atenderlos y no hablar con la tropa de nada. Ellos conmigo eran muy amables, el Zarco aunque era re malo y decía quererse llevar a todos los rojos de éste mundo uno le tenía su consideración”

¹ El nombre original de la protagonista, al igual que el de los personajes que se mencionan en ésta crónica permanecen en secreto por solicitud expresa de la entrevistada. No obstante, de ser necesario se puede corroborar la fuente con autorización previa.

El primero de sus 14 hijos (de los cuales en la actualidad sólo tiene 10 vivos) nació en 1954, el mismo año en que Los Músicos, como conocían al trio de muchachos Garzón serían encontrados sin vida en la orilla del río. Para ese año, los horrores de la quema de Ceilán era algo que aún hacía parte de la memoria colectiva de los habitantes de esta región del país. Los cortes de corbata, los labriegos asesinados, el olor a sangre y pólvora hacían parte del toque especial de los cultivos de pan coger:

“Pasamos semanas durmiendo entre el monte, uno sabía que las haciendas y las casa las quemaban, entonces las mujeres después de preparar la comida cogíamos colchones y cobijas y nos íbamos para el bosque a dormir o rezar para que no nos encontraran, era más seguro estar allí que bajo el techo de uno”.

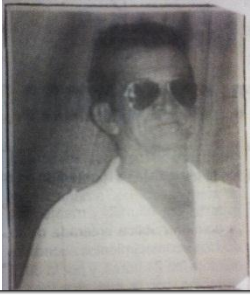
Había un nuevo líder en el país, las emisoras de los tugurios, iglesias, casas de familia y los labriegos cantaban con cierta discreción el estribillo *“¡Que viva Rojas Pinilla que viva la libertad! Que viva Colombia y que viva siempre en paz!”* aunque lo último terminará siendo una promesa rota.

Las fiestas de julio en Felidia eran muy concurridas, los hombres aprovechaban para hacerle sus guiños a la reina de turno, las mujeres vendían sus comidas, los mercaderes embutían a los borrachos el alcohol traído desde Bugalagrande. Era habitual que de las veredas los hombres bajaran a bailar, beber y romper vasos.

Los músicos, Felipe, Ricardo y Antonio, tenían respectivamente 20,23, 24. Tocaban instrumentos y cantaban en las fiestas, todo el mundo sabía que venían de la finca de los Garzón. Una típica fiesta del pueblo terminaría en un baño de sangre cuando uno de los tíos de Ruby, Ignacio, en medio de la efervescencia reconoció a un opositor político, un conservador que le tenía rencores a la familia desde que un pariente de los Álzate había sido nombrado intendente de la vereda. Un trigüeño macizo, llegado a los cuarenta desenfunda un machete que brilla como la saliva que cae de su boca mientras grita “hasta hoy vivijte”, a lo que Ignacio no retrocede y producto del alcohol termina vulnerable en el suelo de la pequeña plaza.

En medio del caos, los músicos bajaron de la tarima buscando a su tío, abriéndose paso entre la multitud ensordecida y embriagada de ira con empujones, golpes, traspies, maldiciones e insultos, terminaron inmersos en la laguna de sangre donde su tío aguardaba el halo seguro de la muerte con las pupilas fijas en el hombre corpulento que se le abalanzaba con el machete y lo descargaba vehementemente sobre su cuerpo. Como si fuera un trozo de carne inanimado, desposeído, uno, dos, tres, veinticinco machetazos en total contó Ruby después.

La guitarra, la bandola y el requinto habían sido callados por el chillido agudo de los machetes, los músicos sumergidos en la confusión pedían que cesara el festín macabro. Ignacio, quien se creía muerto después de 20 minutos, bañado en su propia sangre y sudor, tomó un cuchillo del suelo y lo enterró sin vacilar en el estómago del conservador corpulento que no esperaba tal respuesta del agonizante. La ley llegaría en el momento en que los dos hombres esperaban la muerte entre maldiciones e insultos mutuos. A los heridos los enviaron al hospital del pueblo más cercano, a los agitadores los mandaron a dormir a la cárcel esa noche, incluyendo a los músicos que habían soltado sus instrumentos para poder cerrar los puños. A la mañana siguiente, la noticia sobre los desastres de la noche anterior habían llegado a la finca y lo más natural era ir a llevarles ropa limpia y comida a los tres muchachos. El chocolate caliente, el queso fresco, los huevos encebollados, las arepas doradas al igual que Ruby, se quedarían esperando quien las recibiera.



Esposo de la Abuela Ruby Garzón. Fotografía publicada en el periódico El Puerto el día 28 de febrero de 1997

Una señora que trabajaba en la plaza de mercado madrugó como todos los días y encontró a los músicos pálidos, inmóviles y helados a la orilla del río, con un balazo en la cabeza cada uno y las manos atadas a la espalda. Había sido una noche calurosa y sin lluvia, el río no se pudo llevar los cuerpos y el hecho de haberlos encontrado en la orilla solo fue cuestión de tiempo. La policía nunca le dio una explicación a Ruby:

“Me dijeron que habían entrado a medianoche a asaltar la cárcel, que ellos no habían podido hacer nada y que se habían llevado a mis primos. Que me fuera para la casa y que organizara todo para darles sepultura pronto (...).”

Para Ruby esta fue tan sólo la primera de una cantidad de seres queridos que los caprichos de los tiempos violentos le quitarían, como a su vecina. Junto a la finca donde vivía con su marido vivía también una mujer de edad similar con su esposo y cuatro hijos. Al esposo lo mataron a sangre fría en el antejardín de su casa un grupo de hombres que se decían seguidores de la causa de El Cóndor. Ruby cuenta que una vez asesinado el señor Ricardo Hernández, volvieron al mes a buscar a la viuda y exigiéndole cuatro gallinas y la disposición de su casa para reunirse. La viuda, amarga de dolor y con las manos firmes en su molino, los maldijo por haberla dejado sola, con hambre y cuatro hijos que mantener. Los reclamos fueron resueltos con un tiro seco en la frente y la escena fue interrumpida por el llanto incesante de los cuatro infantes que habían estado escondidos detrás de los árboles.

De la gente que seguía a El Cóndor, había un grupo cinco hombres que visitaban constantemente la casa matrimonial de Ruby: “El Poker”, quien era el líder, “Paticortico”, “El negro”, “Amarillo” y “El Zarco”:

“Yo no sé a mi esposo porque nunca le hacían nada. Yo me dedicaba a atenderlos, darles lo que ellos querían y ya (...) Aunque a veces él se me perdía, volvía muy tarde o se quedaba hablando mucho tiempo con esa gente. Pensando mejor, yo hoy en día creo que ellos no sólo iban a la casa a pedir favores...”

De todos, El Zarco, era un muchacho paisa de no más de 20 años y por cosas indiscifrables del carácter humano era el único que intercambiaba palabras, incluso tejía conversaciones reales con Ruby. Aunque lejos estaba de atreverse a cuestionar a su marido, ella sabía ya que el dolor no distinguía bandos y que los actos perpetrados por el grupo no serían jamás justificables. Sin embargo, alcanzó a hacer las veces de confesora para El Zarco. Había llegado de Antioquía cargado de venganza, odio y dolor. Le contó en secreto a Ruby que el origen de su odio hacía los liberales había sido la terrible noche vivida un par de años atrás. Sus padres conservadores, tenían 2 hijas de 13 y 14 y un hombre 17 años, él. Llegaron a la casa, la “chusma liberal”, a mitad de la noche, amarraron a los padres a un árbol mientras asaltaban a las hijas para reducirlas a sus vicios y después les segaron la vida con un disparo. Sus padres corrieron con la misma suerte, él se fuga de esa macabra noche. Pronto se uniría a un grupo de “malhechores”, como los llama Ruby, que buscarían venganza en nuevas tierras. El Zarco murió “en su ley”, dice Ruby:

“Vivía enamorado de la reina de Felidia, la mamá de la niña era la dueña de una cantina. El Zarco llegó en la tarde por un escapulario que le iban a regalar, la mamá de la reina lo apreciaba mucho.

Era un muchacho guapo y joven y le dijo que sólo lo dejaría casarse con la niña si se salía de esas cosas porque mientras siguiera así, la muerte podía llegarle en cualquier momento”

A las afueras de la cantina lo estaban esperando doce hombres de la tropa, lo abatieron con diez tiros, el Zarco no alcanzó ni a tocar su pistola y cómo un bulto flácido quedó tendido sobre la alambreira. Sin nadie que lo llorara ni lo extrañara, ni lo recordara. Salvo Ruby, que no olvida la confesión del Zarco 40 años después.

El puerto como escenario de oportunidad y tragedia.



Hijos de la Abuela Ruby Garzón.
Tomada del Álbum Familiar

Mientras toma un café –descafeinado y sin azúcar- como suele hacerlo en sus atardeceres, la abuela Ruby retoma su relato y transita a describirnos con cierto aroma de satisfacción y a la vez de aflicción, la oportunidad que se le presentó para los años 70 de dejar el llamado pueblo de Naranjales (a donde se mudaría después de su estancia en Chorreras). Lleno de penumbras y pocas opciones de progreso, como lo señala:

“colocar una venta de arepas en el parque era morir de hambre (...) hasta los caballos que tenía mi esposo para jornalear estaban flacos y sin ganas de hacer una carga más”. Cuestión que se comprende aún más cuando comenta que tenía diez hijos que alimentar y un parto próximo a llegar.

Es así como desde ese pueblo, inician un viaje largo pero lleno de esperanzas hacia el primer puerto, sobre la línea marítima del Pacífico, el cual se ha constituido como un puerto sin comunidad: Buenaventura. Paso obligado de las riquezas de la nación y antiguamente el centro de la indiferencia de una elite citadina. Es ahí donde la familia Hurtado Garzón, conoce los temores del desplazamiento, no producto de la violencia sino de las fallas estructurales de la economía que a diario obstaculiza los proyectos familiares.

“En un principio, nos ubicamos en el barrio el Dorado de Buenaventura, pagaba arriendo y tenía un empleo en un restaurante sobre la vía, de la familia Gómez, quienes muy amablemente nos colaboraron en todo el proceso, fueron tiempos de abundancia y mis hijos todo el tiempo sonreían (...) aproximadamente dos años después decidí montar mi propio restaurante, sobre un terreno abandonado, que era del municipio. Vendíamos desayunos, luego almuerzos y con el tiempo logre acceder a alimentar aproximadamente 70 comensales, que trabajaban la construcción de la nueva vía al mar (...) mi esposo me colaboraba en parte. Pero siempre quien tenía ganas de ir más allá era yo, él era poco optimista, si se caía una tabla de la caseta la volvía a poner, mientras yo siempre quise tener mis cosas y mejorar el restaurante.”

Sin embargo, también comenta –en voz un poco más baja- que fue él, quien por medio de lo que ella llama la politiquería, logro lo que se creía inalcanzable y, a su vez lo que labraría la tragedia familiar. Para ese entonces, quienes gobernaban el municipio eran los Conservadores, de la mano del cacique Don Pedro Vega Vence y del alcalde Patricio Olave Angulo. Elite política, que probablemente consagró el desarrollo de Buenaventura. No obstante, serán los historiadores y politólogos quienes controviertan dicha tesis y les den su lugar en la historia y en la gestión pública.

Sin más interrupciones, siguió hablando la amable protagonista, quien en cada cana, ojera, arruga y mirada baja, nos expresa el aura del saber del pueblo:

“Bien mijo pues son esos políticos los que atendí en mi restaurante y que llegaron acompañados de diecisiete comensales, hicimos los mayores esfuerzos para atenderlos, mi esposo compró media botellita de Whisky y yo me halé una gran sancochada, yo no hablaba mucho porque el que los atendía era el hombre de la casa que su alma después de mí creo era la política, recuerdo que estábamos en un periodo de elecciones y nos tocaba votar para ese señor, Álvaro Gómez a la presidencia”

Entre risas, ella comenta: “fue la primera vez que vote y no perdí la metida del dedo, Mijo pues como le iba contando, esos señores salieron felices de la choza que teníamos de restaurante y mi esposo también porque les gustó mucho la comida y pues ellos hablaban de votos y eso. Creo que ese señor pierde la presidencia, pero nosotros ganamos la legalización del lote donde estábamos ubicados con la choza. El alcalde Patricio Angulo, un viejo muy amable y muy importante para Buenaventura, nos llamó un día y nos entregó las escrituras del lote, nunca se me olvida era de 37 de fondo por 15 de ancho. Fue la mejor noticia de toda mi vida, como dicen por ahí el adagio: tener casa no es riqueza, pero no tenerla es pobreza. A los días nos pusieron electricidad en el lote y éramos los únicos con luz en la zona. De todas maneras, me dio pesar cuando meses posteriores sacaron a una señora y su familia porque estaba invadiendo un terreno cerca al lote que creo también era del municipio. Ella no corrió con la misma suerte de nosotros.”. Tal vez tampoco con los enlaces políticos.

Ahora bien, mientras va hilando su memoria a través de la selección múltiple de lo que se quiere recordar, y dejar el resto en el baúl. Se debilita su voz y ella simplemente toma agua y respira profundamente. Mientras nosotros tomamos distancia, como quien no quiere hacer visible esos momentos dolorosos, pero que la intriga y la sensación de saber más, nos lleva a intentar recuperar el trascurso de la historia y ser imprudentes con el dolor ajeno, trabajo odioso e inevitable de quienes deciden dedicarse a escribir crónicas.

“Viví aproximadamente veintiún años en dicho lote, empezamos a construir la casita de madera, de dos pisos con chambranas y un pequeño jardín alrededor y luego un tanque grande en la parte de atrás, los linderos de la casa eran unos frutos que mi esposo sembró (...). Pero si, como en todo llevo nuevamente la violencia y el sicarito y los homicidios (...). Mi familia creció en ese lugar, mis hijas lastimosamente no quisieron seguir estudiando, y pues los ingenieros y caballeros de las ciudades, las conquistaron y una por una se fue yendo (...) finalmente, me separe de mi esposo y me fui a vivir con tres de los menores a Bogotá, pero luego Buenaventura me hizo regresar para enterrar dos cadáveres y darme cuenta de las andanzas de una de mis hijas y los nexos de otro, con eso de las mafias, por primera vez me di cuenta que la coca era oro mijo”



Para el año de 1992 empieza en el puerto una serie de homicidios sin explicación alguna, y la familia Hurtado Garzón no es la excepción. Siguiendo el relato de Ruby, el lote se constituyó en un lugar estratégico para el paso de un barrio al otro, al mismo tiempo que la ciudad se fue modernizando, se iba visibilizando las hectáreas que ocupaba el terreno, probablemente apetecidas por diferentes actores. “El 27 de febrero de 1992 asesinan a quema ropa a mi esposo, de un solo tiro en el

cuello lo dejan en el patio (...) sin saber cuáles fueron las causas, las versiones sobre el homicidio son muchas y la seccional de la fiscalía nunca termino la investigación, entre las que comentaban los vecinos era que mi esposo había convertido la casa en un casa de citas para ese entonces, con el objetivo de tener ingresos regulares, pues él me llevaba 13 años, para esa fecha tenía 63 años y era difícil conseguir trabajo. Y tuvo un problema con un cliente que lo amenazo, así mismo le ofrecieron que vendiera droga en el lugar y él se rehusó y finalmente también se sospecha que un grupo de criminales querían el terreno, idea que me maquina aún la cabeza por lo sucedido en los meses siguientes.

Hija desaparecida de la Familia Hurtado Garzón. Tomada del álbum familiar.

Como la casa quedó sola, entonces mi hijo Gustavo que vivía en Bogotá y tenía ya dos hijos y la mujer embarazada de mi nieto Camilito, y estaba desempleado. Entonces me pidió el favor de que lo dejara quedar en la casa familiar y el montaba un restaurante y alimentaba animales para buscar dinero. Yo lo deje, pero a los seis meses exactamente el 15 de agosto de 1992, mi hijo es asesinado (...) vilmente, con nuevo tiros en su rostro mientras la familia estaba en el segundo piso y mi nietecita Marcela estaba en las escaleras – el impacto del hecho ocasiono que la niña dejara de hablar por dos años- él también murió en el patio de la casa donde quedo su papá (...).

Según lo que nos relata nuestra abuela, los dos homicidios en menos de un año, pueden ser producto del interés por el lote, aunque ella no lo asegura y aún le emergen una serie de dudas. Días posteriores a estos hechos, Doña Ruby decide poner la casa en venta, una abogada le hace el evaluó de la casa por cuarenta millones de pesos. Para ese entonces, espera el anhelado comparador, pero en esa larga espera le toca enfrentar otro problema: “Un día llegaron una señora y un señor muy elegante a la casa, ya había muerto mi esposo y Gustavito preguntaron por el dueño de la casa, y mi mamá, que estaba en la casa, me llamo -mija venga que las necesitan-. Los señores me dijeron -usted es la dueña de este lote casa-, -yo les dije sí, y me respondieron -que ellos eran los dueños de ese lote y que tenían papeles de él-. Entonces con cierta rabia y miedo les contesté que eso era falso, que si querían fuéramos a la alcaldía y hablamos de ese eso con el señor Vega Vence y Patricio Angulo que Vivian cerca (...) pues ellos dijeron que sí, entonces cogí el bus me fui para la alcaldía, esperé que llegaran en el carro y nunca llegaron los señores encopetados (...).

“Vendí la casa a un ingeniero, quien me hizo conocer una palabra que nunca había escuchado, hagamos el negocio sin intermediarios, luego supe que él lo no quería que nadie me ayudara. Me ofreció 14 millones y le di la casa; el miedo de que siguieran matando mi familia y la necesidad del dinero, vendí lo que fue mi sueño y que Dios me ayudo a conseguir, la casa propia.”

Un silencio y un frio perduran por unos segundos, mientras Ruby busca las palabras correctas para retomar su historia: “Mijo pues que le digo (...) hum... antes del asesinato de mi esposo y mi hijo, mi hija Magnolia desapareció de ella no sé nada, ya van 30 años (..) Ella quedó con mi esposo en la casa, en Buenaventura, cuando me separe y se fue por un mal camino empezó a trabajar en la zona de tolerancia del pueblo, y a salir con gente muy peligrosa, dicen que me la amenazaron se fue de Buenaventura con unas amigas, pero nunca volvió aparecer (...) y pues como le decía, uno de los menores comenzó a enrolarse con la familia de los Patiños, ¿tú sabes quiénes son? Son los que salen en la televisión, eran narcos, el hijo de don Gustavo, Victor Patiño lo extraditaron hace poco. Ellos vivían en Buenaventura, pero en ese tiempo eran buenas personas el señor era policía, ellos hablaban mucho con mi esposo y mi hijo Andrés (...) que de un día para otro empezó a visitarme en Bogotá y

llevaba muchas joyas encima y andaba en camionetas y con gente muy extraña que nunca había visto (...) luego me entere de la vida de los Patiños y que tal vez mi hijo estaba metido en eso.

La abuela, cierra este triste episodio de la familia Hurtado Garzón, con una sola frase “ya no quiero enterrar a nadie más, perder a quien lo acompaño a uno gran parte de la vida es muy duro y a un hijo mucho más.” Para el 2013 la abuela entierra a su hijo Andrés, uno más en la lista, asesinado en la ciudad de Cali en el marco de las cuentas de cobro del Cartel del Norte del Valle.

Arar caminos nuevos

¿Cómo empezar de nuevo y ésta vez con todos? Esto es lo que pregunta en el fondo la abuela, con su cabeza gris, buscando entre rosarios y fotografías la esperanza de ver a su nieto convertirse en un hombre, un hombre que busca en la academia el antídoto al olvido y su respuesta es una sola: Educación.

Con el asesinato de su hijo Gustavo, a los 15 días, un 30 de agosto de 1992 nacería Camilo, su nieto. La madre y sus dos hermanos regresaron a Bogotá y como si se tratara de la más bella pieza fílmica estaba decidida a volver con los que sabía caminar. Tomó al recién nacido, lo puso en un moisés con una cobijitas y con algunos sonajeros y lo dejó en la mesa del comedor de Ruby. Como un regalo ante la pérdida, como luz en medio de tanto dolor, como una oportunidad para construir sobre las cenizas lo recogió Ruby en sus brazos y cuidó de él como si se tratara de una pieza invaluable de algún museo, aunque realmente lo era, un vestigio de su historia, la historia de su vida. Ella quería que fuera sacerdote, él hoy en día espera convertirse en historiador y docente.

Llevan una vida austera y con la única compañía que ambos puedan brindarse. Ruby cree que la historia familiar puede resarcirse, el conflicto y la violencia que marcó sus pasos hasta acá tiene su ocaso con una nueva generación de descendientes que reconozcan como herramienta de cambio y progreso la educación. Su nieto tiene un compromiso, convertirse en un educador para la paz tanto por su país como por su abuela.